

JORGE NINAPAYTA

LA REINA DE LOS HOMBRES

Desde el minuto en que la noche se desplomó en el barrio El Palenque, y los faroles tuberculosos reiniciaron sus pretensiones de iluminar las calles pero sólo lograron teñirla de amarillo, muchas personas habían ido arribando al ruinoso teatro, oloroso a orines y a verduras podridas. Venían en silencio, desde todas las direcciones de ese sector de suburbios salpicado de mercados, cantinas y lupanares. Caminaban encogidos -el frío les había propinado un gancho al hígado-, parecían sombras desprendidas de las paredes mugrientas, amagando al viento apestoso que salía a cerrarles el paso. Por momentos tropezaban con los perros que rebuscaban entre la basura, y seguían de largo, camino al teatro, donde esta presentación de la “revista músico-picaresque” marcaría la despedida de la bailarina exótica Berta; de ella, que un día había caído por estos lares, huyendo de su antiguo amante, y había terminado ganándose el cariño incondicional del público. Ahora Berta debía marcharse porque ese amante pertinaz había dado con ella y en cualquier momento -incluso esta misma noche- podía aparecerse por aquí.

Pasando la plazuela pelada donde durante el día se desenrolla el mercadillo de verduras, y pasando luego las casuchas de esteras y cartones donde duermen los cargadores de bultos -sentados como murciélagos-, la gente llegaba al conocido teatro El Batracio. El local tenía un enorme portón de madera en la entrada, que le daba un aire de factoría abandonada, aunque había sido un hospital público, ahora en desuso, con la altísima planta superior a punto de derrumbarse. Abajo estaba el auditorio: una amplia bóveda, con asientos destrozados, muchos de ellos reemplazados por bancas o por simples tablones sobre ladrillos. En el escenario, armado con maderas, todas las noches la descolorida compañía de

Onelio Fugatto presentaba su “revista músico-picaresque” -función de “gancho”, dos por uno, martes y jueves-, con su variada *troupe* de artistas, en que la atracción principal era, por supuesto, la bailarina Berta, también conocida como la Batán.

* * *

El día anterior se había anunciado esta última presentación de la artista. Sordos rumores afirmaban que Berta estaba en peligro y debía marcharse; se lo había anunciado la gitana Carmiña. El antiguo amante era un tipo de cuidado, conocido como el Tuerto Largo, quien ya debía varias muertes en la ciudad donde vivía. Pero de todas maneras se efectuaría la función; ni siquiera el riesgo impediría que Berta -artista a carta cabal, como pocas- regalara con su acto a sus seguidores (“mi público que me quiere tanto”). Aunque, una duda artera, como un pellizco en el trasero, le exigía frecuente atención: ¿Y si Largo se aparecía durante el espectáculo? Felizmente, había mucha gente que la quería y podía defenderla, a pesar de que Largo siempre amenazaba con “partir en dos” -y él nunca hablaba en sentido figurado- a quien pretendiera interponerse en su camino.

No habían sido necesarios volantes, panfletos ni nada de esas boberías, para difundir la noticia sobre la última presentación de Berta. Esa información había sido dejada caer ayer en una esquina del mercadillo y de allí ella misma, por su cuenta -con sus propias patitas- se había ido caminando en todas direcciones: había corrido entre bocas desdentadas, se había enroscado en las orejas ansiosas de los tenderos y demás vecinos, y hasta había descendido a las veredas mugrientas donde duermen los borrachos, los enfermos y muchos perros sarnosos.

* * *

Hacía ya buen rato que había empezado la función de la revista en el teatro El Batracio, y por sobre la masa en penumbras del respetable, avanzaba sinuosamente el gordo olor a cigarrillos, flo-

tando con esfuerzo, reptando pesadamente por sobre las cabezas aceitosas, y peleando a manotazos con el olor a orines que se estiraba desde los baños malogrados.

Un poco después de las once de la noche, cuando ya los malabaristas chinos habían salido a fustigar la noche con sus saltos y cabriolas, los pesistas a colmar de jadeos y pujidos la noche, la mujer sin huesos a duplicar su presencia en el escenario y las coristas enanas a medir con pataditas al aire sus estaturas sin remedio, le tocó a Calambrito -quien estaba enamorado platónicamente de Berta- el turno de ejecutar su famosa performance de “El baile de la cadera rota”.

Apareció él: viejo, flaco, alto, de cabello lacio y negro -gracias al tinte Rosita-, con camisa blanca de mangas anchas, pantalón también blanco (zapatos, ídem). Y empezó su presentación. Para ello previamente, en chisporroteos de regadera malograda, se había derramado la música soliviantadora por los parlantes de las altas esquinas del recinto. Era una melodía viejísima, que avanzó acezando por entre la densa capa de humo de cigarrillos y el aroma de ron barato que se elevaba desde las primeras filas de asientos.

Calambrito comenzó a bailar suavemente, dejando primero que su cuerpo rangalido tomara cabal nota de la exacta densidad del aire de esa noche, soltando sus huesos, como un títere movido por hilos invisibles. Avanzó hasta el borde del escenario, hizo allí un ligero descanso de tronco y cabeza, sin dejar de mover los pies, y girando-girando, empezó a agarrar confianza y a encontrarse consigo mismo («hola, ¿dónde andabas?»). Se quedó cerca del borde varios segundos, y luego retrocedió para recuperar el centro del escenario, que había dejado peligrosamente abandonado. Allí pareció detenerse, dejar de bailar. Pero ¡no, no, no, señores!, era una impresión engañosa, ya que a pesar de no mover ningún miembro, por dentro todo su cuerpo vibraba, acaso invadido por el pataleo de un animal que pugnaba por huir.

Luego, desde el centro del escenario, Calambrito cogió el rumbo que le ponía delante el sinuoso son montuno, hasta llegar a

la esquina justa donde le tocaba ejecutar un movimiento enérgico de cadera hacia la derecha. De esa forma, la plomada de su espinazo rodó hacia el norte, por lo que el enteco bailarín quedó arqueado, como una figura de papel cuya parte superior no casara con la de abajo, durante largo rato, aunque sin perder en ningún momento el ritmo correcto de los pies («¡sabooooorr!»).

Debe haber durado así unos veinte segundos, derrengado sin remedio, para siempre, para una eternidad de veinte segundos, luego de lo cual efectuó otro movimiento hacia el sur, para que el espinazo recuperara su línea precisa, con lo que produjo un violento «¡crak!», como un pistoletazo en la noche.

El reconocimiento del respetable se tradujo en un rugido de aprobación que remeció el lugar. Calambrito agradeció con venias de medio cuerpo, agitó las manos y luego hizo rápido mutis, para dejar paso al número de fondo, el de la estrella indiscutida del espectáculo de cada noche, el amor platónico de todo El Palenque, Berta, la Batán.

* * *

Cerca del oscuro callejón que lleva a la parte posterior del “teatro-picaresque”, la figura alta y gruesa, probablemente humana, de negra capa flameante y botas de matarife, se recortó inmóvil en la noche. ¿Realmente se trataba de un ser humano? Esa inmovilidad de estatua hacía dudarlo. ¿Por qué atendía sólo a la puerta posterior del teatro, sin importarle lo demás? Hacía un rato, cuando se aproximaba, sus pasos habían sonado pesados y amenazadores, y de los tacones de metal habían saltado chispas rojizas al rozar el piso. Sólo si lo hubieran visto de cerca, la gente hubiera sabido que se trataba de el Tuerto Largo.

De pronto, un perro flaco y huesudo, que terminaba de copular esforzadamente con una perra moteada detrás de unas cajas vacías de cerveza, rugió amenazador a la figura. Un poco de espuma cayó de las fauces del animal. La figura alta y oscura giró sólo desde la cintura hacia arriba, lentamente, emitiendo un crujido de

huesos, como de portón malogrado; de esa manera mostró algo más de su rostro alargado, junto con la pelambre hirsuta de su cabeza y su único ojo abierto y sano donde se reflejaba la luz de un farol.

-¡Fuera de mi camino, perro, si no ésta será la última vez que haces feliz a una perra!

El animal captó desde el saque el peligro en toda su dimensión, y retrocedió hacia las sombras, donde el aire se hallaba menos enrarecido, mientras procuraba escamotear un gemido de pavor.

* * *

Cuando Berta se aprestaba a salir al escenario, entre bambalinas los demás artistas ya parecían vivir la ausencia de la artista. Ella se acomodaba sus plumas lloronas, limpiaba la pelusa de su traje de lentejuelas ayudada por las enanas coristas -las famosas hermanas Loulú (Loulú Una, Loulú Dos, Loulú Tres...), quienes durante el día oficiaban de meretrices en un bulín exclusivo para políticos sibaritas-, y volvía a mirar en el espejo su generoso trasero, ya ofendido por los años y por dos azarosos matrimonios en los que no había podido ser feliz, por carencia de ciencia amatoria de sus parejas, incluido el Tuerto Largo (“¡Grandazo por las huevas!”). Era duro ser una mujer como ella: “Mi belleza me ha condenado a la infelicidad”. Más allá, los demás presentes caminaban cerca de una gran mesa redonda, repleta de bultos de utilería y restos de tramoya.

Berta se encontraba inquieta: no quería que nada importunara esta noche de triunfo -una más-. Ojalá que no se apareciera su antiguo amante, expectorado por ella hace mucho tiempo. ¡Qué difícil era ser una mujer guapa y deseada! No quería para nadie esta tortura, sólo por haber sido elegida por la naturaleza para ser hermosa y alegrar la vida miserable de los hombres.

En algo la tranquilizaban las recientes palabras de la gitana Carmiña, quien le había augurado un buen presente, y hasta le había pronosticado que, si no el futuro, por lo menos iba a mejorar su pasado. Pero Berta temía que, de todas maneras, Largo la alcanzara antes de que ella terminara de actuar.

Berta estaba avanzando por el pasadizo detrás de bambalinas, que crujía a cada pisada que la llevaba hacia el escenario donde debía por fin ejecutar su esperada presentación, oyendo el coro de espectadores ansiosos que la llamaba, cuando de pronto se fue la luz en todo el teatro. ¡Apagón! (Chillidos, gemidos, golpes, etc., etc.). Se hizo la oscuridad total y brotaron voces inquietas entre los artistas y al otro lado del telón, donde se removían los asistentes. Sólo Berta dio un clarísimo “¡ay, carajo!” y un respingo que la elevó veinte centímetros del suelo, pues se escuchó claramente rebotar sus zapatos holandeses de taco aguja.

Varios encendieron prestamente cerillos y encendedores, que ayudaron a acercarse a Berta. ¿Qué pasaba? ¿Se había golpeado? ¿Todo estaba “oquey”? De pronto, la luz de las bombillas volvió a diseminarse por todo el teatro. Berta parecía estar bien; debía haberse asustado, pensaron. Mientras tanto, ella, que se había recompuesto del todo y volvía a reiniciar su trayecto hacia el escenario, iba calculando inquieta en quién podía haber sido el desgraciado que le metió la mano en la oscuridad. “Esa mano me pareció conocida”, pensó preocupada; quizá intrusos, quizá gente no deseada. ¡Quizá su antiguo amante...! Y dio otro respingo.

* * *

Varios años atrás, Berta había sido una verdadera mujer guapa, de cuerpo estilizado, largas piernas y cintura de avispa; en la actualidad, esa mujer había quedado sepultada bajo ingentes kilos de grasa, de entre los cuales estaba claro que sería imposible recuperarla. Sus formas actuales se mostraban ampulosamente redondeadas, sus muslos se frotaban groseramente entre sí, su cintura no tenía nada que envidiarle a sus vastas caderas, y sus pechos desbordantes se balanceaban ora hacia el norte, ora hacia el sur; sin embargo, justamente estos pechos constituían ahora su mayor atractivo entre el *vulgus* cuando ejecutaba su número de fondo.

Como cada noche, empezó su performance haciendo entrar en calor al respetable con besos voladores -”mi queridísimo públi-

co: mua, mua... y, otra vez, mua...”-, luego con unas furiosas contorsiones que pretendían sugerir los de una odalisca, mientras agitaba como remolinos unos trapos de colores, sin agacharse mucho porque últimamente se cansaba demasiado y le daba taquicardia. Luego se saltó olímpicamente la danza del ombligo, como venía salteándosela desde hacía dos semanas, y pasó de frente al calateo que, por lo demás, era lo que deseaba ver la gente, que ya habían empezado a patalear en sus asientos.

Esta noche, sólo los espectadores más avispados podrían haber detectado nerviosismo en Berta, quien por algo era una profesional. Ella se hallaba muy agitada, sentía que ya no estaba para estos trotes de esforzados baile y contorsiones que le hacían sudar la gota gorda.

Pero debía tranquilizarse y creer en las mejores palabras de la gitana Carmiña, anciana muy respetada por sus predicciones (“Lectura de cartas. Amarres, se hace volver al ser amado. En 24 horas lo pongo a tus pies. Atención previa cita”). Aunque no pudo evitar recordar el terrible peligro. El Tuerto Largo era alto, medía cerca de dos metros. Cuando hace tiempo se lo llevaron preso por traficar cocaína -de la buena-, había sido necesaria una veintena de recios policías para reducirlo y meterlo en una camioneta.

* * *

Calambrito, mientras tanto, había estado aguardando en los pasillos cerca de bambalinas, caminando como fiera enjaulada. Fue en uno de esos paseos inquietos que distinguió nítidamente en el aire un olor extraño que provenía de afuera, de la parte posterior del teatro. No pertenecía a nadie conocido. Se dirigió en esa dirección, siguiendo la densa y sinuosa estela de olor como a cuero sin curtir, que podía distinguir casi solidificada en el aire.

Él se sentía irritado contra la impune amenaza que era ese tal Largo; más aún porque -lo sabían todos- estaba enamorado de Berta, como mucha gente del barrio. Pero ella le había dicho una noche, mientras le ponía una mano en un hombro: “No, lo nuestro

no puede ser, ‘nelson’, flaquito”, y le contó sobre la amenaza que era el Tuerto Largo, y cómo había pulverizado a otros pretendientes de la artista.

Cuando salió al callejón, por la puerta posterior, un tufo espeso a fruta podrida le aplicó una sófera cachetada; tuvo que mover la cabeza para despabilarse, y luego siguió avanzando, urgido por la idea fija de seguir la estela de olor. Pasando la esquina donde están los lavaderos malogrados, y después los cubos que rebosaban de basura, distinguió pegado a los muros la figura cubierta por una larga capa oscura. “Aléjate, si no quieres morir, cabrón”, advirtió, con léxico poco refinado, la voz metálica que rebotó entre las paredes cercanas.

En este punto hay que hacer una atingencia, para aclarar las cosas: hay varias versiones, a veces tantas como oficiosos contadores, pero una parece la más verosímil. Se afirma que fue una pelea salvaje y despiadada, que espantó a las ratas que rebuscaban en los cubos de basura, las cuales terminaron huyendo despavoridas en todas direcciones. Desde muy lejos se escuchaban los furibundos contrasuelazos, parecidos al desmoronamiento de casas. A pesar de ello, nadie se acercó; es más, nadie del teatro escuchó. Al final quedaron tirados los cubos de basura, rotas algunas tapas de metal y desportilladas las paredes del callejón.

* * *

Con gestos lánguidos, Berta se quitó los largos guantes plateados, al compás de la música de ese disco que siempre se retrasaba a sus movimientos. Luego lo lanzó al respetable: en medio de la oscuridad se distinguió el inquieto rebullir de la gente. Calculó que hacia allá estaría corriendo su asistente Pelito, quien se encargaba de recuperar las prendas de la calatista: los tiempos no estaban como para regalarlas, no, señor.

Dejó resbalar la falda y con un movimiento de una pierna la tiró hacia un costado. La blusa de lentejuelas la lanzó hacia el público; alcanzó a divisar que había caído en la primera fila, donde había

acampado desde temprano el grupo de viejos ladrones ya retirados, conocidos como las Viejas Glorias, rodeados de sus discípulos. Una de las glorias agarró la blusa y, para corresponder a las sonrisas y aplausos de sus compañeros, se animó a la galantería de aspirar su aroma mientras entrecerraba los ojos: sintió el olor amargo a sudor y a mugre que, por un instante, lo mareó como un puñetazo, pero aguantó a pie firme, antes de que Pelito le arrebatara la prenda.

Finalmente, la Batán quedó enfundada sólo en sostén azul y calzón blanco. Mientras la música del disco volvía a retrasarse - "¡otra vez!"-, y con esfuerzo llegaba a ponerse al ritmo de Berta, ésta cruzó sus brazos para intentar abarcar sus ochenta y siete kilos -fingiendo temor de doncella perdida en el bosque de la China y mirando con ojos asustados al público libidinoso que se relamía y manoteaba su rijosidad aprovechando la noche-; luego, así abrazados, llevó esos kilos hacia la parte delantera del escenario. Allí se puso a menearse: a la izquierda, a la derecha, a la izquierda... hasta que en el momento en que la música arrancaba con ritmo de mambo, ella inició su famoso movimiento de vibración continua, ese en el que vibran piernas, caderas, tetas, poto, cara y cabellos.

Cuando la música atacó otro compás y Berta detuvo su movimiento, agitada, transpirando, diciéndose otra vez, carajo, que, definitivamente, ya no estaba para estos trotes, que tendría que cambiar su rutina en el escenario, mejor dicho, en los escenarios donde desde esta noche le tocara actuar, procedió a sacarse el sostén, ya sin muchas ganas ni tantos detalles, como si estuviera en su casa cambiándose para dormir, y lo arrojó al público, lo más lejos que pudo.

* * *

Se asegura que la enorme figura pretendió pulverizar a Calambrito, por lo que le aplicó varios puntapiés en el cuerpo, y que los sonidos rebotaron encajonados en el callejón. También se afirma que Calambrito, a su vez, fiel a su espíritu montaraz y a su naturaleza quebradiza, rebotaba entre los cubos de basura luego de

cada patadón y fiero combo; pero luego brincaba como una rana para caerle al tipo, para prenderse de su cuello, como un muñeco derrengado aunque irrompible.

Los sonidos de los cubos y de las tapas tronaban con escándalo, pero en el teatro nadie escuchaba. Y esa lucha, que por momentos se hacía sorda, terminaría inmediatamente después de un alarido que salió brincando por encima de los muros del callejón. Era, sin duda, el momento en que Calambrito había incrustado su dentadura postiza en una rodilla de su enemigo, antes de recibir un feroz planchazo en la cara con la otra bota de tacón de metal. Luego de esto aquel tipo enorme caería rendido y sin fuerzas, adolorido y maltrecho, para finalmente ser molido a garrotazos por calambrito. Largo rato se oyó el “toc, toc” que rebotaba en la noche.

* * *

Después de mecer varias veces sus tetas, Berta se aprestaba a llegar al momento culminante de su actuación y de su presencia en El Palenque. Luego de menearse y frotarse caderas y piernas, sin previo aviso, de un enérgico manotazo se arrancó el calzón —con broches de cobre en los costados—, y luego de agitarlo en el aire como una honda lo lanzó al mar oscuro que era el público. En ese momento, los espectadores comprobaron, sorprendidos, que donde cada noche solían ver una mata de tupido vellón teñido de rubio, ahora aparecía un pequeño rectángulo de papel: una banderita con las franjas y los famosos colores azules del equipo profesional de fútbol del cual eran hinchas a muerte todos los del barrio.

Sincronizado con ese instante, de los parlantes se descolgó la voz del bardo Perico Pérez, cantando el himno que ensalzaba las bondades de ese equipo, sus logros más importantes: casi haber campeón más veces en el torneo local de la década pasada, casi haber tenido al goleador con más tantos anotados y casi haber vencido en la competencia interclubes al equipo argentino que luego sería campeón.

El público se puso de pie y empezó a corear la canción del

club, a lanzar vivas, mientras Pelito procedía a buscar, en la oscuridad, el calzón de la artista. Finalmente lo halló, pero tuvo que tironear con unos tipos medio borrachos que le propinaron un puntapié cuando él ya regresaba triunfante con la prenda.

Cuando se hizo el silencio, Berta, desnuda y acezante, se dobló en varios saludos de agradecimiento a su público –“mi querido público que me adora”- que, ya libre de las alusiones al club de fútbol, se dedicaba a aplaudir a su engreída. Ella, luego de algunas venias más, enjugó con una mano la transpiración de su frente y acaso algunas lágrimas y se dispuso a echarse un discursito de despedida, cuando de pronto alguien entró gritando al teatro para avisar lo que estaba pasando en el callejón.

* * *

El grupo de gente que salió buscando a Calambrito, se dio con la sorpresa de ver a Largo estirado e inmóvil, “más para la otra que para ésta”, en medio de un charco de aguas pestilentes, mientras Calambrito temblaba tratando de adoptar la postura vertical. Calambrito había vencido, eso estaba claro, aunque no había quedado mucho mejor que el perdedor (estaba vivo, eso ya era suficiente). Berta, al verlo en ese trance de ganador, sintió, que ese flaco que amenazaba con desarmarse delante de ella se iba convirtiendo también en ganador de su corazón de mujer insatisfecha.

Esa noche, al ver a Calambrito en estado casi comatoso, cualquiera pudo haber pensado que no podría llegar ningún día, o noche, en que él pudiera hacer frente a tal responsabilidad, de tanto peso, con la debida compostura. Pero, precisamente las cualidades oscilantes y crujientes de su osamenta y sus contorsiones -que lo habían ayudado a vencer a Largo y que le permitían efectuar su número ondeando, descuajeringándose cada noche- iban a tornarle idóneo para hacer feliz a Berta. Así iba a poder adecuarse, meses después, a los combates nocturnos en los que dos maridos oficiales y varios amantes habían sucumbido ignominiosamente, pero que él iba a honrar largamente, y hasta con repetición cuando fuera llegado el caso.

* * *

La gente aún habla de toda esa masa de espectadores que, al enterarse de que ella no se iría, y que más bien sentaría definitivamente sus reales aquí, para casarse como manda la ley, se hundió en la noche en una larga fila entonando cánticos carnavalescos, a pesar de no ser la temporada.

La fila, encabezada por Berta, se mantuvo recorriendo las calles del barrio hasta el amanecer, espantando el frío y a los gatos de las esquinas; acompañada de algunos músicos, fue por los bares, adonde entró como una serpiente bulliciosa, y algunos integrantes salieron con botellas de ron que les obsequiaban los patrones; también fue por los lupanares, donde las mujeres dormitaban aburridas, hasta que decidieron unirse al grupo; por donde los cargadores del mercado, que dormían agobiados por el cansancio; y hasta por el patio del manicomio local.

El ajeteo duró toda la madrugada. Cerca del alba, un policía que se había dormido recostado a una pared, vio a la gente y la confundió con lo que estaba soñando: danzarines de colores que seguían a su reina hacia el horizonte, abriéndose paso en busca de acciones y aventuras de diverso jaez que, tiempo después, otras voces y otras plumas –más calificadas que ésta– se encargarían de registrar con debida propiedad.

FIN